

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA
DEI VERBUM
SOBRE LA DIVINA REVELACIÓN

CUADERNO 2



CUADERNO 2
LA REVELACIÓN
COMO PALABRA DE DIOS
(DV 1-5)

RINO FISICHELLA

I. LA PALABRA DE DIOS

Cuando el 18 de noviembre de 1965, los 2350 obispos presentes en el Concilio fueron llamados a expresar su juicio definitivo; eran bien conscientes de que se trataba de un momento histórico. La constitución que debían votar tenía la calificación de «dogmática» y comprometía a cada uno de ellos de una manera especial porque el contenido de dicho documento tocaba el mismo corazón de la fe y el fundamento de la vida de la Iglesia. El texto en cuestión fue presentado inmediatamente al comienzo del Concilio, pero la redacción propuesta no había satisfecho en realidad a la mayoría de los obispos. A lo largo de los tres años siguientes se sucedieron al menos ocho redacciones hasta llegar al esquema final que los obispos tenían entre sus manos ese día. El camino realizado había recibido sus peticiones y, por fin, la *Dei Verbum* aguardaba el resultado final. Fue un auténtico plebiscito: 2344 votos a favor, *placet* en riguroso latín, mientras que solo hubo 6 los votos en contra, *non placet*. El papa Pablo VI promulgó con su autoridad la constitución dogmática que, como era costumbre en los textos del magisterio, tomó el nombre de sus dos primeras palabras *Dei Verbum*, la Palabra de Dios.

Se puede afirmar que, a partir de ese momento, se inició un auténtico cambio de marcha no solo para la teología, sino sobre todo para la vida de los cristianos. Sin miedo a exagerar, los obispos habían producido el documento más hermoso del Concilio que, todavía hoy, después de varios decenios, fascina y suscita

continuamente nuevas reacciones cuando se analiza la profundidad de sus contenidos. Las novedades que vieron la luz eran tan numerosas que solo con el pasar de los años es posible darse cuenta con coherencia de todo lo que se ha recibido y lo que aún falta por ser expresado, sin olvidar evidentemente algunos límites que trae consigo cualquier texto producido por manos humanas. Reflexionar sobre la *Dei Verbum* equivale por tanto a volver a recorrer toda la historia del Concilio Vaticano II. Tras prácticamente cien años desde el concilio precedente, el Vaticano I, se realizaba sin duda un gran paso hacia adelante que culminaba décadas de estudios y profundización en los temas fundamentales de la fe. Por estos motivos, no es erróneo afirmar que la última constitución aprobada por el Vaticano II se convierte en el fundamento y el horizonte sobre el que leer e interpretar toda la doctrina conciliar. En virtud de este documento se puede afirmar, además, que los creyentes han redescubierto el verdadero rostro de Dios y han reencontrado la familiaridad con la Sagrada Escritura. Estas dos condiciones son efectivamente necesarias para dar un testimonio inteligente de la fe en el mundo actual, y, sobre todo, para alimentar coherentemente la urgente obra de evangelización en estas circunstancias históricas.

Por tanto, quien quiera conocer el acontecimiento de la revelación cristiana debe acercarse a la *Dei Verbum*. La constitución entra directamente en el complejo tema de cómo es posible que Dios se dé a conocer y en el cómo se comunica a sí mismo. Abarca los contenidos básicos de la transmisión de la fe, la inspiración de la Sagrada Escritura y su composición histórica para confluir al final en la vida de la Iglesia en relación con la Palabra de Dios.

1. Dios habla

Uno de los hechos más apasionantes en la historia de las religiones es, sin duda, ver cómo el hombre se ha relacionado con Dios. Zeus y las distintas divinidades de la corte divina no solo hablan entre ellos sobre el Olimpo, sino que se dirigen a los hombres y junto a ellos entretienen relaciones de diversa índole. Como supremo garante de todo está el destino que, mientras im-

pide a todos emprender acciones que no sean predeterminadas, limita la libertad de todos, su vida y su historia.

No es así para la historia de Israel. La llamada de Abrahán posee las características peculiares de una libre e insondable iniciativa de Dios que pide al patriarca un acto de confianza y obediencia: «El Señor dijo a Abrahán: “Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra”. Abrahán marchó, como le había dicho el Señor» (Gen 12,1-4).

De este modo, la historia bíblica comienza con una historia de revelación que conoce etapas importantes. El primer aspecto que se puede reconocer es el coloquio permanente entre Dios y los hombres a la luz de una promesa. Los diversos hechos históricos determinarán cada vez esta relación hecha de fidelidad y traiciones, donde nunca se incumple la fidelidad a la promesa hecha ni la confianza en llevarla a cabo. Toda esta historia es una preparación a la revelación que encontrará su culmen en Jesús de Nazaret. El Hijo de Dios realiza la promesa y revela el verdadero rostro de Dios como un Padre que ama.

En esta larga historia de la revelación, el vehículo privilegiado con el que Dios se dirige al pueblo y a cada uno sigue siendo el de la «palabra». Esta indica siempre la modalidad de la revelación que permite conocer progresivamente la voluntad de Dios y el plan con el que pretende ir al encuentro de la humanidad. En los libros del Antiguo Testamento, la «palabra» viene expresada con el término hebreo *dabàr* que indica al mismo tiempo el hecho de hablar y el contenido. En la simplicidad del término, *dabàr* manifiesta los pensamientos, las intenciones, las ideas, el ser y la personalidad de quien habla. En resumen, en este término se encierra una profunda visión del hombre. De hecho, no se puede olvidar que el componente que califica a la persona es su hablar. Con la «palabra», cada uno construye y se expresa él mismo en la relación con los demás y con el mundo. No es exagerado afirmar que lo que constituye la existencia personal, lo que la distingue de toda la creación, poniéndola en su cima, es esencialmente la «palabra».

Donde el hombre puede experimentar más la grandeza y el límite de su ser es ante el lenguaje: está abierto a los espacios infinitos cuando descubre nuevas expresiones, y su palabra vive más allá de sí mismo; debe a los demás su propio lenguaje. Por otro lado, nada como el lenguaje permite verificar la experiencia de gratuidad y dependencia en que se vive. La misma naturaleza, como ya se sabe, impone un tiempo de escucha exclusiva para que el niño pueda aprender a hablar. Por lo tanto, con la «palabra», cada uno comprende que está íntimamente vinculado y comprometido con el pasado que lo ha precedido, pero al mismo tiempo, siente la responsabilidad de transmitir, creando nuevas formas de lenguaje. En resumen, la «palabra» es el lugar de la comunicación interpersonal y el espacio concreto para la propia realización. Cada uno se conoce hablando y cuando entra en comunicación con los demás aumenta el conocimiento de sí mismo y del mundo.

Este patrimonio de conocimiento hace entender por qué Dios utiliza la «palabra» para revelarse. Esta sirve para entrar en una comunicación real con los hombres llegando a lo específico de la existencia humana. Por lo tanto, Dios habla porque para los hombres este es el modo que tiene para conocer y comprender. Pero no faltan aspectos peculiares. Cuando Dios pronuncia su «Palabra», esta posee la fuerza de crear y manifiesta una eficacia única. Lo afirman con claridad las primeras expresiones que se encuentran en las páginas iniciales de la Biblia: «Dijo Dios: “Exista la luz”. Y la luz existió» (Gen 1,3). Y a continuación, toda la creación es interpretada como el fruto de la «Palabra» que Dios pronuncia. Su «Palabra» posee igualmente una tal intensidad que la hace irreversible y fecunda. Se hace intérprete de ella el profeta Isaías cuando escribe: «Así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo» (Is 55,11).

Por lo tanto, decir que Dios usa la «Palabra» equivale incluso a afirmar que Dios habla. Es lo mismo que afirmar que sale del silencio y en su amor se dirige a la humanidad. El hecho de que Dios hable implica que quiere comunicar algo íntimo y absolutamente necesario para el hombre, sin el cual no podría nunca alcanzar un pleno conocimiento de sí mismo ni del mis-

terio de Dios. Retomando el inicio de la Carta a los Hebreos, la *Dei Verbum* subraya que Dios «ha hablado». El tiempo del verbo en pretérito perfecto no es en absoluto casual. En el griego bíblico, cuando se recurre a este tiempo verbal, se quiere indicar que la acción está en el pasado, pero los efectos siguen presentes en la actualidad. El hecho de que Dios haya hablado no es para nosotros un acontecimiento cerrado en el pasado de la historia; es más bien una acción que permanece. Dios sigue hablando a su Iglesia para abrirle los tesoros escondidos de la revelación y encaminarla hacia el sentido cada vez más profundo de la verdad revelada.

2. Dios se revela

La «Palabra» sirve a Dios para «revelarse». Este verbo es fundamental no solo para la historia del cristianismo. De hecho, en torno al tema de la revelación se condensan las tres grandes religiones monoteístas —judaísmo, cristianismo e islam— que dan testimonio de la iniciativa de Dios ante cada pretensión humana. El verbo «revelar» y el sustantivo «revelación» derivan del griego (*apokalypto-apokalypsis*) y expresan un importante valor no siempre subrayado. En su significado más inmediato, «revelar» significa literalmente «quitar el velo» que esconde algo para permitir que se conozca lo que está «velado». En el momento en el que se «quita el velo», el objeto se presenta como conocible y puede ser analizado por la razón para descubrir lo que pueda ser importante. El verbo «revelar» posee también un segundo significado: «volver a velar», poner de nuevo el velo sobre el objeto. En este caso, lo que había sido desvelado, ahora es «re-velado». No es un juego de palabras, sino un intento de expresar la grandeza del Misterio. La revelación de Dios posee en sí misma los aspectos de este movimiento dialéctico que desvela y cubre continuamente, para permitir que la revelación pueda ser libre de expresarse y que el hombre pueda entrar cada vez más en su profundidad. El Misterio revelado, por tanto, consiente captar algunos aspectos de lo que Dios quiere dar a conocer y los muestra con evidencia, de modo que la razón puede analizarlos. Sin

embargo, esto vuelve a «re-velarse» porque la razón no consigue captar la totalidad y, por tanto, mientras es alentada a ir siempre más allá de lo que comprende, está también invitada a abandonarse en el Misterio porque es demasiado grande.

La *Dei Verbum* presenta así la revelación como la iniciativa gratuita de Dios que entra en relación con el hombre. A estos les queda la obediencia de la fe, que es abandono total al Misterio de Dios que se revela. La historia es la escena y el escenario en el que se realiza este encuentro inefable y es también el lugar en el que se ha dado a conocer y se ha transmitido a lo largo de los siglos. Con una expresión sencilla e inmediata, *Dei Verbum* expresa la enseñanza de dos mil años de historia: «Dispuso Dios en su bondad y en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad» (DV 2). En pocas palabras están delineadas las grandes líneas innovadoras típicas de la teología del Concilio. En efecto, este texto es una cita de la constitución del Concilio Vaticano I *Dei Filius*. No obstante, con un simple desplazamiento de los términos se presenta un horizonte de sentido en absoluto de segundo orden. A diferencia del Vaticano I, aquí «bondad» anticipa a «sabiduría» y se sustituye «decretos» por «misterio». Solo una lectura ingenua puede concluir que el cambio no tenga ningún significado. El desplazamiento terminológico indica de hecho la recuperación de la primacía de la Sagrada Escritura y la tradición. Dios se revela ante todo con su amor y la revelación permanece como un misterio que espera ser desvelado.

El texto va más allá e indica también el modo en el que Dios se revela: «Habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y se entretiene con ellos» (DV 2). Como se ve, la revelación consiste en el «hablar» de Dios con los hombres como si fueran verdaderos «amigos» que se conocen desde hace tiempo. Lo mencionado posee aspectos estupendos: Dios «se entretiene» con nosotros. No es apresurado cuando habla ni tampoco atolondrado a causa del cansancio. Estamos tan habituados a tener una relación a menudo instrumental con las personas que no nos damos ya cuenta de la rapidez con que llevamos nuestras conversaciones. Ahora basta con un breve *sms* por *whatsapp* para acabar incluso con una relación de amor. Descubrimos que Dios

no es como nosotros. Lo decisivo que es el verbo «entretenerse» lo confirma su referencia al evangelio según Juan donde el verbo «permanecer» tiene un valor paradigmático. La *Dei Verbum* enseña que Dios no solo habla con los hombres, sino que también permanece largo tiempo con ellos; se para para compartir alegrías y dolores y dar a su vida el sentido completo que no podría ser encontrado en otro lugar. El Concilio no tuvo miedo de utilizar las categorías del personalismo para hacer comprender el misterio de la revelación. Lo que se expresa es el carácter personal del coloquio que posee las características de la amistad. Esto comporta que la comunicación toque al hombre en lo más íntimo de su ser porque lo involucra en una relación de amor que trae consigo la plena y verdadera comunión, que llega a cada uno en su historia para serle cercano. En una palabra, la revelación tiene como fin principal compartir la vida de Dios. Aquí viene utilizado el término de «comunión», decisivo para la fe cristiana, que comporta una relación de amor con quien compartir totalmente la existencia. Con su revelación, Dios da a entender que quiere encontrar al hombre con la única finalidad de salvarlo, es decir, hacerle capaz de una comunión de vida con él.

Es necesario leer las siguientes palabras de este texto para comprobar otra enseñanza: «Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí» (DV 2). La insistencia sobre la «palabra» podría hacer perder de vista la globalidad del lenguaje que se reduce solamente al discurso hablado. Se subraya por tanto que el acontecimiento de la revelación se extiende más allá del hablar, comprendiendo también el «ver», «oír», «tocar», «contemplar», «dar ejemplo», «transmitir», «vivir»... En resumen, todo lo que trae consigo la acción de los «gestos» que se hacen. Como se ve, se intenta mostrar que el lenguaje de la revelación es global; no solo las palabras, sino también los gestos y signos son esenciales para descubrir lo que Dios quiere dar a conocer. Sin esta perspectiva más amplia y unitaria del lenguaje, se correría el gran riesgo de confinar la revelación en la forma de comunicación más conveniente para nosotros los occidentales, traicionando las formas más originales con las que Dios se da a conocer. Lo determinante es por tanto la exigencia de mantener el sentido de «palabra» en su globalidad,

como si se quisiera indicar la unidad de la persona a la hora de expresarse.

Ante la expresión «Palabra de Dios», el Concilio no entiende un «hablar» genérico del Padre, sino que da testimonio del acontecimiento definitivo de su intervención en la historia: el misterio de la encarnación del Hijo. Él es la Palabra pronunciada desde siempre que ahora se hace también visible. La «Palabra de Dios» se identifica por tanto con la propia revelación de Dios a la humanidad. Lo que se ha dado a conocer a los hombres es la Palabra, el Logos, el Verbo, la vida eterna... términos todos que remiten a la idea central y fundadora: la persona de Jesucristo. Toda la vida de Dios es revelada en la persona de Jesús; la Trinidad se expresa en las palabras y gestos de Jesús de Nazaret. Él es el revelador del Padre y, al mismo tiempo, su revelación. Esta no se realiza solo por su predicación, sino también a través de los gestos que hace. La predicación por sí sola no basta; exige ser acompañada por los signos que confirman su eficacia plena. La «voz» que en el pasado se hacía oír tiene ahora un contenido y se hace «palabra». Retomando la hermosa expresión de san Agustín: Juan Bautista es «voz», mientras que Jesús es la «palabra». En efecto, solo él encierra en sí mismo la voz, el contenido de la palabra y el sentido que esta posee; es el Logos. El hecho fundamental que desbarata la historia dándole una orientación distinta es precisamente esto: Dios habla a la humanidad de manera plena y definitiva a través de Jesucristo.

La revelación asume por tanto la característica de un verdadero coloquio que Dios realiza con los hombres a través de Jesucristo, Palabra hecha carne. El propio orden que es utilizado por los padres conciliares es significativo para la correcta interpretación de la constitución: en primer lugar, está Dios en su libertad que escoge el momento y el modo en el que revelar el misterio de su vida. Luego sigue la persona de Jesucristo que constituye el culmen de la revelación porque Dios habla de una vez por todas a los hombres haciéndose él mismo hombre y utilizando el lenguaje humano. Por último, la atención se pone en el hombre, destinatario de la revelación, porque está llamado a la vida de comunión con Dios, es decir, a su salvación. No es posible invertir este orden; equivaldría a socavar desde dentro el acontecimiento de

la revelación tal y como es presentado por el Concilio. La originalidad de la Palabra de Dios no puede estar sometida a la interpretación de los hombres. Dios ha de permanecer en su esfera de libertad y, por tanto, elegir y decidir qué revelar y cómo hacerlo. Si Dios quiere revelarse es porque quiere comunicar algo que los hombres por sí mismos no podrían conocer jamás. Esta primacía no puede ser mermada por la presunción humana.

3. Jesús, el cumplimiento de la revelación

El Nuevo Testamento presenta aspectos muy originales cuando trata el tema de la «palabra». El término hebreo *dabâr* se traduce en griego con la palabra *lógos*. El evangelista Juan se hace intérprete de la novedad absoluta que es introducida cuando abre su evangelio con esta expresión: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios» (Jn 1,1). Un texto explosivo porque manifiesta una unicidad de la que no hay referencias en toda la literatura precedente. Las interpretaciones a lo largo de estos dos mil años son tantas y tales que confirman la riqueza inagotable que encierra el término de *lógos* aplicado a Jesús de Nazaret. El intento de expresar en términos humanos el culmen del misterio del Logos se concentra en tres expresiones: Dios se revela, permite alcanzar no solo el conocimiento de su íntima naturaleza e invita a la comunión de vida con él.

El prólogo de Juan manifiesta una originalidad irrefutable con los escritos anteriores porque aquí el Logos se encarna y se hace hombre. En la personificación del Logos se hace evidente la fe de la comunidad primitiva que había tocado con la mano la presencia del Hijo de Dios en Jesús de Nazaret y su papel de revelador del Padre. La decisión del Logos de hacerse «carne» corresponde a la última posibilidad ofrecida a los hombres para conocer la verdad sobre Dios. Jesús de Nazaret, real y plena «Palabra de Dios», se somete a la experiencia humana y se convierte en «lenguaje» de revelación. Por lo tanto, se puede afirmar que hubo un tiempo en el que la «Palabra de Dios» fue niña, adolescente, joven y adulta, revelando en sus modos correspondientes

el único rostro del Padre. La globalidad de esta «Palabra», la que ha quedado definitivamente escrita y la gran parte que no fue puesta por escrito, es lo que constituye para nosotros la revelación de Dios. En las palabras y los gestos de Jesús de Nazaret, Dios encuentra al hombre de la forma humanamente más expresiva y comprensible. Respeta en todo la complejidad del lenguaje humano porque es hombre entre los hombres, pero añade algo que parece paradójico: el carácter de definitivo. Solo él puede afirmar: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35).

Su Palabra es el criterio último para acceder al misterio de Dios y cada uno se juega su propia vida al aceptarla o rechazarla. Una vez más, el evangelista Juan permite acceder a esta interpretación. Hace girar su evangelio en torno al tema de la fe o la incredulidad a través de la acogida o el rechazo del Hijo de Dios. Dios se encuentra verdaderamente en el Logos que se hace hombre y la existencia personal encuentra la luz para comprender su propio enigma existencial. La referencia al hecho de que Dios viene a «habitar» por medio de su Logos en medio de los hombres consolida la idea de su presencia permanente. La encarnación es un acontecimiento único e irrepetible, pero sus efectos permanecen para revelar la constante cercanía de Dios con la humanidad. La Palabra con su carga reveladora permanece hasta el final de los tiempos mostrando siempre el rostro misericordioso del Padre.

Es interesante observar cómo, en el propio lenguaje, Jesús incita a descubrir las características fundamentales de la revelación. Basta con analizar las tres formas estructurales del lenguaje personal para descubrir el uso que Jesús hace de él para su revelación. La palabra expresa (yo), interpela (tú) y cuenta (ello). Jesús habla de sí mismo en primera persona, afirmando contenidos que a primera vista parecen producidos por una forma de arrogancia, pero que en cambio remiten a todo lo oído y visto del Padre. Además, manifiesta abiertamente la petición de decidirse por él y seguirlo porque es consciente de ser la última respuesta a la pregunta del sentido de la vida. Por último, con su vida cuenta y explica la vida de la Trinidad como misterio de amor que nunca tendrá fin. La revelación se hace así comprensible al hombre,

porque al iluminar el misterio de Dios cada hombre es llevado al centro de sí mismo, a su misterio, que percibe y comprende.

Por lo tanto, el *lógos* de Juan es mucho más que una «palabra»: es la persona divina que en un determinado momento de la historia de la salvación se hace hombre y sigue siendo Dios. Su presencia en medio de nosotros expresa la cercanía de Dios y la oferta de acoger en nosotros la vida divina como condición para una existencia en comunión con el Padre y los hermanos. Después de haberse manifestado a sí mismo de tantos modos distintos a lo largo de la historia, se revela en Jesucristo en toda su plenitud. No existe ninguna posibilidad de comparación con las expresiones precedentes porque Jesús habla directamente la lengua de Dios y la de los hombres. Es al mismo tiempo revelador y revelación. En él se reconoce la síntesis para alcanzar el misterio de Dios que nunca se expresó y que en el futuro tampoco podrá ser expresada. La *Dei Verbum* lo afirma con una forma propiamente original diciendo:

Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, «hombre enviado, a los hombres», «habla palabras de Dios» y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió. Por tanto, Jesucristo —ver al cual es ver al Padre— con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos y, finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, cumple y completa la revelación (DV 4).

Por lo tanto, toda la vida de Jesucristo es revelación de Dios. Más allá de su palabra y de sus signos no es posible encontrar ningún conocimiento coherente del misterio de Dios. Por este motivo, no resulta presuntuoso afirmar que, después de Jesucristo, ninguna otra revelación podría nunca añadir o quitar algo de lo que él reveló. Implicándose él mismo directamente en el Hijo, Dios no quiere expresar ninguna otra forma con la que revelar su misterio de amor y su proyecto de salvación. El carácter irreversible de la revelación se conjuga por tanto con su carácter definitivo. A nadie se podrá pedir ya que dé su consentimiento de fe para servirse de otras presuntas revelaciones. Si tuviera que ocurrir, solo podrían ser conformes a la única revelación

de Jesucristo y juzgadas por esta para comprobar si aportan una contribución a la vida de fe de la Iglesia.

II. LA PALABRA ESCRITA

1. La única fuente

Cuando se habla de la revelación, se ha de plantear una pregunta: ¿cuáles son las fuentes para conocer que Dios se ha revelado de verdad? La *Dei Verbum* no renuncia a este interrogante. Al contrario, presenta una respuesta que permite comprobar no solo la superación de siglos de invectiva teológica, sino sobre todo la originalidad peculiar surgida del Concilio, en particular si se compara con los concilios de Trento y del Vaticano I. La teología anterior identificaba dos fuentes a las que hacer referencia: la Sagrada Escritura y la tradición. El gran problema que nunca se había resuelto era el de comprender la manera en la que ambas fuentes se comunicaban entre ellas y la medida en la que contenían la revelación. Las respuestas eran de lo más variadas. Alguno defendía que una parte estaba contenida en la Sagrada Escritura y la otra parte en la tradición, haciendo que surgieran posteriores interrogantes sobre la consistencia del contenido revelado en una y otra. En resumen, un embrollo que parecía imposible de resolver poniendo de hecho una fractura en la propia revelación. Recuperando la tradición patristica y medieval, la *Dei Verbum* efectúa un verdadero paso hacia delante y propone la unicidad de la fuente. La Sagrada Escritura y la tradición son la única Palabra de Dios transmitida de formas diferentes.

Una vez más, la constitución sorprende porque hace que todo se apoye en la Palabra de Dios. Esta no puede ser identificada con la sola Escritura; si se hiciera, se daría un empobrecimiento de la revelación y tendría consecuencias nocivas también para la vida de la Iglesia. Para comprender el desafío, es necesario analizar el lenguaje utilizado por la *Dei Verbum*. Quien quiera aventurarse en este ejercicio descubrirá algo extremadamente interesante. Los dos términos que siempre se utilizan para describir la Sagrada Escritura y la tradición nunca hacen referencia

a algo «escrito». Cuando se define la Sagrada Escritura, se dice que es «palabra» (*locutio* en latín), es decir, algo que es dicho y no que es escrito. Utilizando este término es claro que los padres conciliares pensaban en el modo en el que Dios se había revelado; a saber, con su «palabra» y no escribiendo algo. Cuando se describe la tradición, es decir, la transmisión del Evangelio, se utiliza el término «Palabra» (*verbum* en latín).

Como se puede apreciar, en ambos casos se utiliza una terminología que indica una realidad viva, en movimiento, como es típico de la palabra. Lo que la constitución quiere indicar es que la Sagrada Escritura vive en la vida de la Iglesia que la hace siempre actual con su anuncio y nunca se cansa de volver a proponerla como Palabra inmutable de revelación, mediante la cual Dios no cesa de hacer oír su voz para introducir a los creyentes en toda la verdad. Lo mismo es dicho por la tradición, que consiste en una transmisión viva de los hechos, acontecimientos, palabras, ritos, gestos y costumbres que han sido comunicados oralmente desde el tiempo de los apóstoles. Por otra parte, todos saben que los contenidos de los evangelios fueron transmitidos oralmente antes de ser puestos por escrito, fueron custodiados en la memoria y transmitidos de una comunidad a otra según las circunstancias en las que vivía cada una de ellas. En resumen, la «palabra» permite una vez más evidenciar la dimensión dinámica de la revelación que nunca podrá ser pensada como si fuera un fósil de épocas remotas.

En este contexto, resulta útil citar la reflexión que Tomás de Aquino hacía en su *Suma teológica* precisamente en referencia a la cuestión de por qué Jesús no había escrito nada. En su respuesta, santo Tomás hace que surja el sentido profundo de la comprensión de la revelación como Palabra de Dios. En efecto, dice que Jesús no escribió al menos por tres motivos: sobre todo, porque era un gran maestro y como tal quería que sus enseñanzas se imprimieran en el corazón de sus discípulos. Además, por su profundidad no habría podido encontrar en la escritura un espacio adecuado a la riqueza que posee. Por último, para que se creara un orden en la transmisión: de él a sus discípulos y de estos a todos por medio de las formas que habrían encontrado para dar un orden a sus enseñanzas (*Suma teológica* III, q.42 a.4). Las

motivaciones del gran teólogo tienen un alcance que aun en la actualidad ha sido subrayado en recientes reflexiones filosóficas. Pensamos, por ejemplo, en el tema de la «jaula del lenguaje» con la que Ludwig Wittgenstein describe la imposibilidad que tiene el lenguaje para decir todo; o en la eficacia que cada enseñanza auténtica produce en las personas llevándolas a reflexionar y, por tanto, a conservar en sí mismas la enseñanza recibida. El hecho de que Jesús no hubiera escrito nada conserva firme el carácter vivo de su palabra y no deja espacio a ninguna forma de fundamentalismo. Solo en este punto se cierra el círculo del carácter relacional de la Palabra de Dios: la revelación es confiada a la Iglesia, la cual, a través del ministerio «vivo» de los sucesores de los apóstoles, no solo la transmite, sino que la interpreta «auténticamente [...] enseñando solamente lo que le ha sido confiado» (DV 10). En resumen, la Palabra de Dios vive de una unidad inseparable que permite ver la Sagrada Escritura, la tradición y el magisterio como una fuente perenne a la que ir para conocer la verdad de la revelación.

Como se puede observar, la gran y justa preocupación de la *Dei Verbum* es la de resaltar el carácter vivo de la «Palabra de Dios» que compromete la fe de la Iglesia y de los creyentes. En virtud de lo cual, conviene subrayar que el cristianismo nunca podrá ser identificado como «religión del libro». Esta expresión no es correcta porque se corre el grave riesgo de reducir todo a la Sagrada Escritura. Evidentemente, para la Iglesia esta sigue siendo junto con la tradición la «regla suprema de su fe» (DV 21), con lo que exige que no se la reduzca solo al texto escrito. La Palabra posee una primacía tal que no permite ningún tipo de equívoco y salvaguarda la fe de caer en formas de fundamentalismo siempre presentes cuando solo se hace referencia al texto escrito.

2. La Palabra entra en las culturas

En este contexto, surge el problema inherente de la inculturación al que a menudo se hace referencia como principio al que atenerse a la hora de actualizar la revelación en los diversos contextos en los que es anunciado el Evangelio. La entrada de la

Palabra de Dios en las culturas es un hecho que acompaña desde siempre la historia de la evangelización. Se pueden sacar en estos dos mil años aspectos positivos de intuiciones y realizaciones que han llevado a una maduración de la cultura universal. Pero tampoco han faltado hechos inquietantes que han comprometido la acción misionera. La inculturación es una condición de la que no se puede prescindir, de lo contrario sufriría la eficacia de la predicación. La valoración de la cultura a la que llega el anuncio cristiano es un criterio fundamental porque lleva a reconocer ante todo los aspectos positivos que, en cualquier caso, son «semillas del Verbo» impresas en todas partes para consentir la recepción de la propuesta cristiana. A partir de estos elementos comunes se abre un diálogo fecundo que permite superar los obstáculos y alcanzar objetivos que permitan una real maduración de la cultura.

En cualquier caso, se impone la exigencia de comprender los criterios a los que necesita referirse la nueva vía de evangelización. Por una parte, es evidente que se ha de reconocer que Jesús ha asumido las formas expresivas de la historia y de la cultura de su tiempo. Pero es igualmente cierto que Jesús imprimió en la historia un lenguaje que a menudo estaba en absoluta discontinuidad con la cultura de su tiempo, lo que significa que era consciente de introducir con su comportamiento novedades que tenían un genuino valor revelador. Este lenguaje de Jesús no puede ser modificado hoy en nombre de un respeto a las culturas sin invertir la primacía de la Palabra de Dios a favor de la interpretación de los hombres. Habría muchos ejemplos, pero algunos pueden ayudar a comprender el gran desafío que esconden.

Es de todos conocida la concepción de los judíos con respecto a la sangre. En ella está presente la vida que, junto a la carne, define los aspectos esenciales de la antropología del antiguo pueblo judío. En esta convicción se fundamenta la prohibición absoluta de alimentarse con la sangre (cf. Gen 9,4; Lev 3,17; 7,26; 17,10-14). Como la vida del hombre reside en la sangre, el verterla equivale a gritar venganza porque da testimonio de la violencia que suprime la vida. A pesar de esta comprensión, Jesús no dudó en utilizar expresiones que chocaban completamente con la mentalidad común de sus contemporáneos: «El que

come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él» (Jn 6,54-56). El lenguaje es realmente paradójico; sin embargo, este expresa el pensamiento y el actuar de Jesús: cada vez que se bebe el vino consagrado, se bebe la sangre del Señor. Este lenguaje, aun en su carácter incomprensible, fue asumido y se hizo normativo porque el mismo Jesús lo había utilizado. ¿Quién podría cambiar el pan y el vino para celebrar la santa eucaristía con otras sustancias más próximas a la cultura de un pueblo sin pretender modificar un elemento constituyente de la revelación? Lo mismo sucede con la oración del padrenuestro. ¿Alguien podría asumir la arrogancia de modificar la invocación «Padre» con «Madre» u otro término para ir al encuentro de un diálogo fantasmal, sin pensar que modifica el propio lenguaje con el que Jesús habló de Dios? En resumen, nadie puede cambiar la novedad de la revelación como aparece en el lenguaje directo de Jesús sin asumir una insolencia que primero destruiría a quien la hiciera, además de hacer que resultara vano el acontecimiento de la revelación en su originalidad.

Quizá puede ser útil la reflexión que san Juan Pablo II hacía a este propósito, subrayando las cualidades y los límites de la cultura en referencia a la revelación: «Una cultura nunca puede ser criterio de juicio y menos aún criterio último de verdad en relación con la revelación de Dios. El Evangelio no es contrario a una u otra cultura como si, entrando en contacto con ella, quisiera privarla de lo que le pertenece obligándola a asumir formas extrínsecas no conformes a la misma. Al contrario, el anuncio que el creyente lleva al mundo y a las culturas es una forma real de liberación de los desórdenes introducidos por el pecado y, al mismo tiempo, una llamada a la verdad plena. En este encuentro, las culturas no solo no se ven privadas de nada, sino que, por el contrario, son animadas a abrirse a la novedad de la verdad evangélica recibiendo incentivos para ulteriores desarrollos» (*Fides et ratio*, 71). La Palabra de Dios, por lo tanto, ha de permanecer en su impronta original, única e inagotable del sentido que Jesús le imprimió con toda su Persona en el querer revelar al Padre y ofrecer la salvación.

III. LA RESPUESTA A LA PALABRA DE DIOS

1. La escucha

Cuando Dios habla, la primera respuesta que pide es el silencio de la escucha. Resulta evidente y, sin embargo, es un tema importante no solo para la fe, sino en general para la cultura contemporánea. En nuestros días parece que prevalece, sobre todo en los debates que tienden a conseguir tanto público, una forma de expresión que favorece la interrupción, la superposición, etc. con el intento de impedir al interlocutor expresar su pensamiento. El fenómeno atestigua un movimiento de no escucha del otro. Se para en una palabra sin considerar el contexto; o bien, pretende haber comprendido ya la intención del interlocutor y por lo tanto contrapone su propia versión. Donde se ha teorizado la primacía de la opinión sobre la verdad, es evidente que también entra en discusión el respeto por las posturas de los demás. Cuando todo se pone al mismo nivel, sin una jerarquía de juicio que nace de la relación con la verdad, es obvio que crezca la arrogancia del más astuto o de quien posee mejor dialéctica. Todo esto no significa, como algunos opinan cruelmente, que se haya alcanzado un alto nivel de «democracia», donde cada uno piensa y dice lo que considera con tal de que no cause daño a nadie. De hecho, el primer daño que se hace es a uno mismo: embebido de subjetivismo, ya no se es capaz de distinguir el bien del mal.

La *Dei Verbum*, desde sus primeras palabras, permite descubrir el valor del silencio como condición necesaria para que la «palabra» tenga su valor y alcance su significado. «Escuchando religiosamente la Palabra de Dios y proclamándola con fiadamente» (DV 1), da testimonio de la respuesta coherente ante la revelación. Nunca se considerará lo suficiente el valor del silencio. No ha de confundirse con la ausencia de palabras, sino que se identifica con la voluntad de recibir de la mejor forma posible aquello que se dice. La Sagrada Escritura es tan rica que podría ser definida fácilmente como el libro del «silencio de Dios». Precisamente así. Para descubrir la riqueza contenida en los textos sagrados, es fundamental el silencio que encierran porque abren horizontes inesperados bajo la acción del Espíritu Santo. Se hizo artífice de

esta dimensión el obispo Ignacio, primer sucesor de san Pedro en la Iglesia de Antioquía, cuando escribe: «Más vale callar y ser que hablar y no ser. Está bien enseñar, si aquel que habla hace. No hay, pues, más que un solo maestro, aquel que ha hablado y todo ha sido hecho y las cosas que ha hecho en el silencio son dignas de su Padre. Aquel que posee en verdad la palabra de Jesús puede entender también su silencio, a fin de ser perfecto, a fin de obrar por su palabra y hacerse conocido por su silencio» (IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Carta a los Efesios* XV, 1-2).

Es necesario responder a la Palabra de Dios que es desvelada con la fe que acoge en sí misma el misterio de Dios. La constitución habla de «obediencia de la fe» (DV 5). La obediencia es la otra cara de la escucha. En el lenguaje de Pablo, ambos términos explicitan su pensamiento sobre la fe. El apóstol está convencido que se puede llegar a la fe si se acoge su predicación que encuentra su fundamento en la propia Palabra del Señor. En resumen, con la fe, el creyente se abandona en Dios plenamente, con todo su ser, y cree que la Palabra que le es dirigida proviene verdaderamente de Dios para salvarlo.

De todos modos, no se puede olvidar que la Iglesia es la primera en ser llamada a acoger, escuchar y creer en la revelación. Henri de Lubac (1896-1991), un gran teólogo que fue nombrado experto en el Concilio trabajando también en la redacción de la *Dei Verbum*, comentaba:

Estas dos primeras palabras que darán el nombre a la constitución doctrinal sobre la revelación divina, resumen con gran exactitud su objeto. Se trata de la Palabra de Dios. En el texto oficial, son escritas en mayúsculas: por lo tanto, no se puede precisar si designan la Palabra de Dios en general, en un sentido incluso más o menos abstracto, o si en cambio indican ya directamente al jinete blanco del Apocalipsis que lleva el nombre de Palabra de Dios y que tiene una espada en su boca, la Palabra personal, Palabra de vida (Ap 19,3; Jn 1,1), única Palabra del Padre, «Sabiduría viviente e Hijo de Dios» (ORÍGENES, *Contra Celso*, 1, 3), «Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser...» (Heb 1,3), en resumen, Cristo Jesús. Quizá convenga también dejarlo en su indeterminación, porque la continuación de la constitución no tardará en aclararlo (*La rivelazione divina*, Milán 1985, 8).

Ya quiera *Dei Verbum* indicar un significado o el otro indicado por el teólogo, lo que aparece de nuevo es el silencio al que que la Iglesia está llamada a poner ante la revelación.

Revelando el misterio de la propia existencia personal, Dios abre a la vida de comunión con él. Esta es la verdad profunda de la revelación. Solo quien acoge al Logos y tiene familiaridad con la Palabra de Dios puede convertirse en anunciante veraz y creíble. Resulta claro por qué Pablo puede escribir a los efesios que «ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Ef 2,19). La comunión que se crea es don y ofrenda de salvación que encuentra su culmen en el misterio pascual de Jesús muerto y resucitado. Esta comunión de vida no es una teoría ni cede el paso a la retórica. Es la condición fundamental exigida a la Iglesia no solo en su relación con Dios, sino en virtud de esta como criterio y estilo de vida para todos los creyentes en Cristo. Es lo que se trasluce de la constitución sobre la Iglesia *Lumen gentium* cuando afirma: «Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente» (LG 9).

La revelación, por tanto, es la Palabra de Dios dirigida a la Iglesia que en el silencio de la escucha debe crear unas condiciones de respuesta coherente a la oferta que se le presenta. Cuando Cristo habla con su esposa, la Iglesia, espera de ella la reacción adecuada para ser en el mundo «sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1).

2. La triple respuesta

Se pueden esquematizar brevemente tres respuestas que realiza la Iglesia. La primera que resulta evidente consiste en *narrar*. La Palabra de Dios cuenta las distintas circunstancias que constituyen el acontecimiento de la salvación. No se ha de pensar que la narración sea solo una técnica literaria; de hecho, mientras la Iglesia anuncia la Palabra de Dios narrando las distintas fases de

la historia de la salvación, al mismo tiempo tiene que implicar al interlocutor para que responda con la fe. Es propio de la narración la esfera de la implicación y la petición de participar. Sin este horizonte narrativo, nos encontraríamos ante una separación entre el acontecimiento de la revelación y la vida personal de cada uno; no se trataría a nivel existencial y sería ajena a la llamada, privando entonces del carácter salvífico. El valor narrativo de la Palabra no impide ver en ella su forma normativa para la vida de la Iglesia. Aquí, en la unidad básica que une el acontecimiento con su significado, se ven expresadas las circunstancias de cada hombre. El carácter histórico de la Palabra de Dios impone verificar que las expectativas de la criatura encuentran respuesta en el momento en que Dios habla y se deja involucrar en la vida cotidiana llevando a término el sentido de la existencia.

Un segundo elemento consiste en *evocar*. Esto es característico del lenguaje litúrgico cuando la Iglesia se encuentra ante el misterio y comprende el límite de las propias palabras y la imposibilidad de poder decir todo. Aquí surge la conciencia de evocar y meterse principalmente en los signos que expresan lo que dicen. No se ha de minusvalorar el hecho de que la *Dei Verbum* crea un paralelo entre la Sagrada Escritura y la eucaristía. Este paralelismo gira en torno a la imagen del «sustento» del que la Iglesia se convierte la responsable en primera persona. La veneración de las Escrituras Sagradas en cuanto Palabra de Dios no se han de comprender como un simple acto formal que pone los textos en un espacio cultural de respeto. Lo que se dice es mucho más. La veneración implica la exigencia de comprender que esa Palabra es regla suprema de la fe que es celebrada. En el contexto litúrgico, la Palabra de Dios, que es proclamada de manera eficaz, evoca la exigencia de una escucha siempre nueva y principalmente capaz de conformar la vida de los creyentes a la «voz del Espíritu».

Una última reacción se expresa en la *performatividad*. El lenguaje performativo cuando es pronunciado obliga por su naturaleza a cada uno a estar involucrado y comprometido en lo que dice. La Palabra de Dios es un lenguaje performativo. Como se ha visto, es una Palabra que crea y transforma. La performatividad de la Palabra involucra también al creyente cuando la escucha

porque se siente llamado a ponerse a seguir a Cristo convirtiéndose en su discípulo. La *Dei Verbum* lo recuerda cuando afirma: «En los libros sagrados el Padre que está en los cielos sale lleno de amor al encuentro de sus hijos y con ellos entabla conversación; tan grande es la fuerza y potencia que encierra la Palabra de Dios que es para la Iglesia sustento y vigor, y para los hijos de la Iglesia, fortaleza de la fe, alimento del alma, fuente pura y perenne de vida espiritual» (DV 21). La llamada a ser testigos veraces de la Palabra de Dios compromete sobre todo a la Iglesia para que, al anunciar el Evangelio, sea siempre fiel a su Señor y viva de manera coherente con su llamada. Pero también cada creyente ha de estar implicado porque es consciente de ser signo visible y tangible del amor de Dios que transforma la existencia.

IV. LA PALABRA DE DIOS CORRE

1. La carrera

La *Dei Verbum* tiene de vez en cuando pasajes poéticos. No es para maravillarse. Al fin y al cabo, la poesía y el arte son el lenguaje que expresa de modo coherente el misterio, evocando pensamientos y contenidos a los que la razón por sí sola no llegaría a responder. En este horizonte se inserta también la conclusión de la constitución conciliar cuando escribe:

Así, pues, mediante la lectura y el estudio de los sagrados libros, «la Palabra de Dios corra y sea glorificada» (2 Tes 3,1); y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene cada vez más los corazones de los hombres. Igual que la vida de la Iglesia recibe su crecimiento a partir de la asidua frecuentación del misterio eucarístico, así es lícito esperar un nuevo impulso de la vida espiritual a partir de la crecida veneración de la Palabra de Dios, que «permanece eternamente» (Is 40,8; 1 Pe 1,23-25) (DV 26).

La cita del texto de Pablo en su segunda Carta a los Tesalonicenses permite comprobar la descripción de la Palabra de Dios en forma personificada, como si esta pudiera realizar una carrera.

En varias ocasiones, los textos del Nuevo Testamento recurren a la imagen de la carrera. Esta referencia quiere evocar el entusiasmo y la prisa por llevar la Palabra de Dios a todos. Entre otros, un ejemplo que aparece en los Hechos de los Apóstoles es sintomático. Se refiere al diácono Felipe que estaba «sentado» en su casa; el Espíritu le pide que «vaya al encuentro» del etiope que regresaba a casa desde Jerusalén y estaba leyendo el libro del profeta Isaías sin llegar a comprender a fondo su sentido. Felipe no se hace repetir dos veces la invitación y, sin esperar a que el Espíritu deje de hablar, «corre» hacia el etiope para anunciarle la salvación y bautizarlo (cf. Hch 8,26-31).

El tema de la carrera recuerda lo que sucedió al día siguiente del anuncio pascual. El evangelista cuenta que, ante la preocupación de María Magdalena por haber visto que estaba desplazada la piedra del sepulcro, Pedro y Juan fueron corriendo al sepulcro (cf. Jn 20,1-10). El texto es conocido y la carrera de Pedro y Juan no se aleja de la que cada creyente está llamado a hacer para dar testimonio de la resurrección, desde el momento en que se compromete seriamente en la experiencia de la fe. El evangelio parece querer imprimir un sentido especial al correr más rápido de Juan y al más lento de Pedro: ambos corren, pero uno llega antes que el otro. No nos alejamos mucho de su sentido si interpretamos que la carrera del apóstol más joven es el signo del amor que hace que descubra el primero la novedad que esconde la Pascua. Pedro, y con él toda la institución que representa, es más lento. Cargado probablemente con el peso de la autoridad y del servicio diario que ha de rendir, le cuesta más respirar y su retraso ralentiza la toma de conciencia de la novedad pascual. En cualquier caso, se confirma que el amor llega siempre antes e intuye que el misterio del sepulcro vacío es solo el prelude para un testimonio que cambiará la naturaleza de la historia. Precisamente porque ama, Juan no entra inmediatamente al sepulcro; espera que lo alcance también Pedro para que pueda ser él el primero en franquear el umbral y comprender lo sucedido, convirtiéndose así en el primer testigo. La carrera de ambos es desigual por la edad, pero el fin sí es idéntico: la maravilla y el estupor ante el sepulcro vacío se transforman en un ansia de comunicar sin parangón alguno. Desde Jerusalén

hasta Roma, la carrera de Pedro y Juan no conocerá ya ningún descanso. Su «no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído» (Hch 4,20), pronunciado ante los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo que prometían liberarlos si dejaban de anunciar la resurrección de Jesús, es testimonio de una fe que será el fundamento perenne del kerigma. Hasta el don total de la vida, los apóstoles y discípulos del resucitado serán llamados a hacer suyas las palabras de Pablo cuando escribe: «Deseábamos entregaros no solo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas» (1 Tes 2,8), para dar testimonio al mundo de un hecho que tiene algo de irreal, pero que, sin embargo, es el inicio de una ininterrumpida historia de evangelización que permanece hasta nuestros días.

2. La evangelización

La *Dei Verbum*, al presentar el gran tema de la Palabra de Dios, se convierte asimismo en una provocación para reflexionar sobre la propia misión de la Iglesia y del creyente: la evangelización. Una parte de la constitución lo afirma sin medias tintas:

Y así Dios, que antaño habló, conversa sin interrupción con la Esposa de su Hijo amado; y el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo, conduce a los creyentes a toda la verdad y hace que la palabra de Cristo habite abundantemente en ellos (DV 8).

Este apremio de clara impronta misionera provoca en los creyentes una doble reflexión.

La primera es la invitación a tomar en serio el valor de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. La Sagrada Escritura no puede ser el libro más vendido en el mundo y al mismo tiempo el que más polvo acumula en las estanterías de casa. No basta con tener la Biblia si esta no se convierte en una Palabra que impulsa cada día a los creyentes a dejarse plasmar en ella para orientar cristianamente su vida. «Ignorar la Escritura es ignorar a Cristo», afirmaba con razón san Jerónimo. No se puede negar

que, como consecuencia de la constitución conciliar, han surgido en el mundo muchas iniciativas para animar a los bautizados a retomar la Sagrada Escritura para dar fundamento y soporte a la fe. El «Domingo de la Palabra de Dios», instituido por el papa Francisco en la carta apostólica *Aperuit ilis* (2019), es realmente una respuesta a la solicitud de la *Dei Verbum*, pero todavía se requiere mucho trabajo y entusiasmo para que puedan renacer en los cristianos el interés y la pasión por arraigar su vida en la Palabra de Dios. Esta Palabra ha de difundirse entre las personas, los pueblos, las calles de nuestras ciudades, entrar en nuestras casas y encontrar allí el espacio de escucha y acogida para que traiga la salvación. Solo en la medida en que se consiga permitir un verdadero y coherente coloquio con la Palabra de Dios, con asiduidad, cada creyente habrá desempeñado el servicio que le es debido por el bautismo. Cada creyente en Cristo, en efecto, es diácono de esta Palabra, está llamado a servirla con obediencia fiel y libre.

Una segunda reflexión no menos importante deriva de este texto de la *Dei Verbum* y concierne a la exigencia verídica de la Palabra de Dios. Se ha demostrado ampliamente cómo está omnipresente el tema de la verdad en los documentos conciliares. Así, la *Dei Verbum* plantea un nexo entre la Palabra de Dios y la verdad. Prescindir de esta íntima conexión equivaldría a malinterpretar no solo la totalidad del documento, sino el propio cristianismo y su intención de llevar al mundo la revelación definitiva de Dios a la humanidad con la encarnación de Jesucristo. Si la misión de la Iglesia prescindiese de la cuestión de la verdad, entonces su propuesta de fe no podría ser original. Lo que llevó a los apóstoles a salir en misión desde el principio, fue de hecho la convicción profunda de que el kerigma tenía en sí mismo tal carga de veracidad y salvación que no podía permanecer enclaustrada en el ámbito de un solo pueblo. El martirio de Esteban hizo entender a los Doce que las palabras de Jesús poseían un valor que sobrepasaba los confines de Israel y la acción misionera de Pablo sirvió para dar el impulso universal a la Iglesia naciente. En esta acción misionera no hay distinción alguna, todos son llamados a ser ministros de la Palabra y sus servidores en virtud del bautismo recibido.

Se tendría que plantear con fuerza y convicción este tema y sacar sus debidas conclusiones. En un periodo como el nuestro, en el que emerge un fuerte deseo de verdad en medio de un confuso relativismo y un flujo permanente de *fake news* alimentadas indudablemente por poderes influyentes, no es para nada evidente ni inútil volver la mirada a la Palabra de Dios como palabra de verdad. Solo con esta condición se puede llegar a percibir su novedad esencial y su valor insustituible para la vida. En la medida en que la Palabra de Dios es verdadera, se puede exigir la obediencia de la fe porque resulta creíble y digna de ser seguida. Como ya se ha visto en las páginas anteriores, cuando nos ponemos delante de la Palabra de Dios, lo que se realiza es un coloquio sincero entre dos «amigos», donde uno se siente provocado en lo que constituye la esencia de su propia existencia personal: la respuesta a la pregunta sobre el sentido de la vida. La Palabra de Dios permite realmente recibir la verdad sobre la propia vida y abre espacios de libertad inimaginables. Nadie puede encerrarse en sí mismo dentro de una fortaleza inaccesible porque corre el riesgo de no encontrar la felicidad y pierde la oportunidad de amar y ser amado. La Palabra de Dios ofrece horizontes de sentido que van más allá de nosotros mismos para llegar al misterio de amor que cada uno percibe como necesario e insustituible.

Se trata de comprender, por tanto, si la constitución conciliar ha dado realmente alas a la vida de la Iglesia para hacer de la Palabra de Dios su única fuente original a partir de la que todo ha de ser reglamentado. Los primeros que han de hacer un serio examen de conciencia son los obispos. Como enseña la *Dei Verbum*: «Este magisterio no está por encima de la Palabra de Dios sino a su servicio, enseñando solo lo que ha sido transmitido en cuanto que, por mandato divino y asistido por el Espíritu Santo, la escucha piadosamente, la custodia santamente y la expone fielmente; y obtiene de este único depósito de la fe todo lo que propone para ser creído como revelado por Dios» (DV 10). Inmersos diariamente en tantas cuestiones que a menudo no son las más esenciales, puede ocurrir que al final del día también el obispo deba preguntarse si su ministerio ha sido anunciar a Jesucristo y dar testimonio de él.

El lugar privilegiado para que la Iglesia pueda acoger la verdad profunda de la Palabra de Dios sigue siendo la eucaristía. Los padres conciliares, en la conclusión de la constitución, crearon intencionadamente por segunda vez un paralelismo entre la Palabra de Dios y el banquete eucarístico: «Igual que la vida de la Iglesia recibe su crecimiento a partir de la asidua frecuentación del misterio eucarístico, así es lícito esperar un nuevo impulso de la vida espiritual a partir de la crecida veneración de la Palabra de Dios» (DV 26). Parece que quieren decir que la Palabra de Dios trae consigo los efectos creativos que establecen el cuerpo místico. De hecho, esta es la realidad que permanece visible ante los ojos de nuestros coetáneos. La conciencia de ser signo visible de Cristo que sigue viviendo en el misterio eucarístico debería llevar a los creyentes a ser signo cada vez más fuerte de unidad, amor y llamada a la participación. Como la eucaristía alimenta la vida de la Iglesia para hacer que sea signo de la presencia de Cristo en el mundo hasta que vuelva, del mismo modo la Palabra de Dios ha de alimentar la vida de los creyentes para que su testimonio permanezca como forma creadora y visible de la vocación de transformar el mundo para convertirlo en una ciudad «fiable» para todos, donde cada uno se siente amado por el único e insuperable amor que proviene de la Trinidad.